



FRANCISCO FERRER

Viejo sabio y magnífico, bondadoso y sublime,
enfermo de supremas ansias de humanidad,
hoy el mundo indignado te venga y te redime,
abriéndote las puertas de la inmortalidad.

Tú predicaste siempre la palabra divina,
con el gesto magnánimo de un rudo sembrador;
la frase luminosa de tu buena doctrina,
fuerte como la ciencia, bella como el amor.

Tú despreciaste todas las humanas grandezas
como un austero apóstol que adora su ideal,
por inculcar en todas las humanas cabezas
los sagrados principios del bien universal.

Tú que odiaste al sombrío señor de la leyenda
no envileciste al pueblo desde tu Sinaí;
en medio de los hombres levantaste la tienda
exclamando: dejadlos que se acerquen a mí.

Tu suerte fué la misma que la del Galileo:
tú sembraste la vida, y el amor, y la luz,
y no faltó la mano del odio fariseo
que te enclavó en el santo madero de la cruz.

Tú que viste los pueblos llenos de servilismo
gemir bajo la noche de la superstición,
como un ángel rebelde del borde del abismo
clarineaste los himnos de la revolución.

No levantaste iglesias, cuarteles ni cadalsos
dentro el solar bendito de tu Jerusalén;
Y odiaste las infamias de los ídolos falsos
que habitan en el cielo y en la tierra también.

Por eso ¡oh buen maestro sublime y bondadoso!
que has entrado en el templo de la inmortalidad,
duerme tranquilamente tu divino reposo
que tu escuela es un símbolo para la humanidad.

Alberto Lasplacas.